

DENTRO DE CASA

LISA JEWELL

1

Libby recoge la carta del felpudo. Le da la vuelta. Tiene pinta de ser muy formal; el sobre es de color crema, de buena calidad, y parece estar forrada de papel de seda. El franqueo postal reza «Smithkin Rudd y Royle Abogados Chelsea Manor Street SW3».

Lleva la carta a la cocina y la deja sobre la mesa mientras llena la tetera y pone una bolsita en una taza. Libby está casi segura de que sabe lo que hay dentro del sobre. Cumplió los veinticinco el mes pasado. Subconscientemente, esperaba la llegada de este sobre. Pero ahora que ya está aquí no tiene claro si será capaz de abrirlo.

Coge el teléfono para llamar a su madre.

—Mamá —dice—. Ya ha llegado la carta de los fideicomisarios.

Desde el otro lado de la línea solo silencio. Se imagina a su madre en su propia cocina, a mil seiscientos kilómetros de distancia, en Denia: muebles blancos inmaculados, accesorios a juego en tono verde lima, puertas correderas de vidrio que dan a una pequeña terraza desde la que se ve, en la distancia, el mar Mediterráneo, ella tendría su móvil apretado contra la oreja, protegido por la funda con incrustaciones de cristales a la que se refiere como su «joyita».

—Ah —dice—. Claro. Madre mía. ¿La has abierto?

—No, aún no. Me estoy tomando una taza de té primero.

—Claro —repite. Y luego añade—: ¿Quieres que te acompañe mientras la abres?

—Sí —contesta Libby—. Por favor.

Se queda ligeramente sin aliento, como le pasa a veces, cuando está a punto de hacer una presentación en el trabajo, como si se hubiese tomado un café bien cargado. Saca la bolsita de té de la taza y se sienta. Sus dedos acarician el borde del sobre e inhala.

—Vale —le dice a su madre—, allá voy. La voy a abrir ahora mismo.

Su madre sabe lo que contiene. O al menos tiene una ligera idea, a pesar de que nunca le han explicado oficialmente lo que hay en el fideicomiso. Podría ser, como siempre ha dicho, una tetera y un billete de diez libras.

Libby se aclara la garganta y desliza el dedo por debajo de la solapa. Extrae una hoja de papel grueso de color crema y la ojea rápidamente:

A la señorita Libby Louise Jones:

Como fideicomisario del fondo fiduciario de Henry y Martina Lamb, creado el 12 de julio de 1977, propongo realizar el reparto descrito en el documento adjunto...

Deja la carta y saca la documentación adjunta.

—¿Y bien? —pregunta su madre casi sin aliento.

—La estoy leyendo —responde ella.

Mientras escanea las páginas, su mirada se posa en el nombre de un inmueble. Es el número 16 de Cheyne Walk, SW3. Asume que es donde vivían sus padres biológicos cuando murieron. Sabe que tenían una casa en Chelsea. Y que era

grande. Asumía que ya no era de su propiedad. Que estaría tapiada. Vendida. Se le queda el aliento atorado al fondo de la garganta cuando se da cuenta de lo que acaba de leer.

—Eh —dice.

—¿Qué?

—Según parece... No, tiene que haber un error.

—¡Qué!

—La casa. Me han dejado la casa.

—¿La de Chelsea?

—Sí —responde.

—Pero ¿entera?

—Eso creo.

Hay una carta en la que se explica algo sobre que ningún otro heredero la reclamó a tiempo. No es capaz de digerirlo.

—Dios mío. Pero si debe de valer...

Libby inspira repentinamente y alza la vista al techo.

—No puede estar bien —dice—. Tiene que tratarse de un error.

—Vete a ver a los abogados —le aconseja su madre—. Llámalos. Concierta una cita. Asegúrate de que está todo en orden.

—Pero ¿y si no es un error? ¿Y si me corresponde de verdad?

—Pues entonces, ángel mío —le dice su madre, y Libby la ve sonreír a pesar de la distancia—, serás una mujer muy pero que muy rica.

Libby cuelga el teléfono y contempla la cocina. Cinco minutos antes, esa era la única cocina que se podía permitir, ese apartamento era el único que se podía comprar, en esa calle tranquila de casas adosadas en las afueras de St. Albans. Recuerda los pisos y las casas que miraba cuando buscaba en

internet, los suspiros que soltaba cuando se fijaba en el apartamento de sus sueños: un solárium, una cocina en la que cabía una mesa de comedor, pisos a cinco minutos de la estación, ventanas antiguas de cristales emplomados, vistas a las campanas de la catedral a través de una zona verde, y luego miraba el precio y se fustigaba por haber sido tan tonta como para pensar que podría permitírselo.

Al final había tenido que renunciar a todo y se había contentado con un apartamento que quedaba cerca de su trabajo y no demasiado lejos de la estación del tren. No había sentido ninguna reacción gutural al cruzar el umbral de la puerta; su corazón no le había dicho nada cuando el agente inmobiliario le había enseñado las estancias. Pero lo había convertido en un hogar del que enorgullecerse, exprimiendo al máximo las ofertas de TK Maxx, y ahora su piso de una sola habitación, penosamente reformado y ligeramente excéntrico, la hacía feliz. Lo había comprado, lo había decorado. Le pertenecía a ella.

No obstante, ahora, según parecía, era la dueña de una casa en una de las calles más refinadas de Chelsea, y de pronto su piso le parecía una broma ridícula, al igual que todo lo que consideraba importante hacía solo cinco minutos: el aumento de sueldo de mil quinientas libras al año que le habían concedido en el trabajo, el fin de semana de chicas en Barcelona para el que llevaba seis meses ahorrando, la sombra de ojos de marca que se había «dado el gustazo» de comprarse como celebración del aumento de sueldo; el suave escalofrío que sintió al abandonar su estricto presupuesto mensual por un brillante y dulce momento en House of Fraser, la levedad de la diminuta bolsa de MAC colgando de su mano, la trémula sensación de colocar la pequeña cápsula negra en su bolsa de maquillaje, de saber que la poseía, que tal vez la usaría en Barcelona, donde quizá también se pusie-

ra el vestido que su madre le había regalado por Navidad, el de los adornos de encaje que le había comprado en French Connection y que llevaba siglos deseando tener. Cinco minutos antes sus placeres en la vida eran pequeños, anticipados, ansiados, fruto del esfuerzo y del ahorro, pequeños despilfarros intrascendentes que no repercutían en el devenir del mundo, pero que le daban a la superficie plana de su vida la cantidad justa de brillo como para que mereciese la pena levantarse por las mañanas para trabajar en un empleo que le gustaba pero no le entusiasmaba.

Ahora posee una casa en Chelsea y las proporciones de su existencia se han desbaratado.

Desliza la carta en el interior del caro sobre y se termina el té.

2

Se está formando una tormenta sobre la Costa Azul; aguarda, oscura como una ciruela, en el horizonte, reposando su peso sobre la coronilla de Lucy. Ella se sujeta la cabeza con una mano, y con la otra coge el plato vacío de su hija y lo coloca en el suelo para que el perro pueda relamer las manchas de salsa y los restos de pollo.

—Marco —le dice a su hijo—, termínate la cena.

—No tengo hambre —responde él.

Lucy siente la rabia latir en sus sienes. La tormenta se está acercando, la humedad refresca el tórrido ambiente.

—Basta —dice, con la voz tensa por el esfuerzo que está haciendo para no gritar—. Esto es lo único que hay para comer hoy. Ya no nos queda dinero. Ni un céntimo. Luego, cuando te vayas a la cama, no me digas que tienes hambre, porque será demasiado tarde. Come. Por favor.

Marco hace un gesto sufrido con la cabeza y corta un trozo de escalope de pollo. Su madre le mira la cabeza, el cabello de color avellana que se enrosca en dos remolinos. Trata de recordar cuándo fue la última vez que se lavaron el pelo, pero no es capaz.

Stella dice:

—Mamá, ¿puedo tomar postre?

Lucy la mira. Stella tiene cinco años y es el mejor error que Lucy ha cometido en su vida. Debería decirle que no; es muy estricta con Marco, no debería ser tan blanda con su hermana. Pero Stella es tan buena, tan flexible y fácil. ¿Cómo va a negarle algo dulce?

—Si Marco se termina el escalope —dice con un tono uniforme—, podemos compartir un helado.

Esto es claramente injusto para Stella, que se terminó el pollo hace diez minutos y no debería esperar a que su hermano se acabase el suyo. Pero la concepción de la injusticia de Stella parece no haberse formado aún, de modo que asiente y dice:

—¡Come rápido, Marco!

Lucy le retira el plato a Marco cuando ha terminado y lo deja en el suelo para el perro. Llega el helado. Es de tres sabores en un bol de cristal y con sirope de chocolate caliente, praliné desmigajado y una palmera de papel de aluminio rosa clavada en un palillo.

La cabeza de Lucy se bambolea mientras ojea el horizonte. Tiene que encontrar alojamiento, y pronto. Pide la cuenta, pone la tarjeta en el platillo, teclea el número secreto en el terminal, contiene el aliento porque sabe que no hay fondos en esa cuenta, que no hay dinero en ningún lado.

Espera mientras Stella lame el bol de cristal, luego desata la correa del perro de la pata de la mesa y recoge sus maletas. Le da una a Marco y la otra a Stella.

—¿Dónde vamos? —pregunta Marco.

Sus ojos marrones están serios; su mirada, lastrada por la ansiedad.

Lucy suspira. Contempla el extremo de la calle que conduce al casco antiguo de Niza, y el que lleva al mar. Incluso mira al perro, como si tuviese una buena sugerencia que proponer.

Él la contempla con esperanza, como si pudiera haber otro plato que relamer. Solo hay un sitio al que ir, y es el último lugar donde le apetecería estar. Pero encuentra una sonrisa.

—Ya sé —dice—. ¡Vamos a ver a Mémé!

Marco gruñe. Stella parece insegura. Ambos recuerdan lo que pasó la última vez que se quedaron en casa de la abuela de la niña. En su día, Samia fue una estrella de cine en Argelia. Ahora tiene setenta años, está ciega de un ojo y vive en un apartamento cutre en el séptimo piso de un bloque en l'Ariane con su hija adulta discapacitada. Su marido murió cuando ella tenía cincuenta y cinco años y su único hijo, el padre de Stella, había desaparecido hacía tres años y no se había vuelto a poner en contacto con nadie. Samia está enfadada y dolida, y con todo el derecho del mundo. Pero tiene un techo y un suelo, tiene almohadas y agua corriente. Tiene todo lo que Lucy no puede ofrecerles a sus hijos en estos momentos.

—Solo una noche —les asegura—. Dormiremos allí hoy y mañana buscaré otra cosa. Lo prometo.

Llegan al edificio de Samia justo cuando empieza a llover, pequeñas bombas de agua explotan sobre el asfalto caliente. Cuando el ascensor cubierto de grafitis está subiendo hacia el séptimo piso, Lucy lo percibe: el aroma húmedo de la ropa sin lavar, del pelo grasiento, de las deportivas que hace mucho tiempo que no se quitan. El perro, con su capa de pelo denso y áspero, es el que peor huele.

—No puede ser —dice Samia desde el umbral de la puerta, bloqueándoles el paso—. No es posible. Mazie está enferma. Su cuidadora tiene que dormir con ella esta noche. No tenemos sitio. Es que no lo hay.

Restalla un trueno sobre sus cabezas. El cielo tras de sí se vuelve completamente blanco. Trombas de agua descienden del cielo. Lucy mira a Samia con desesperación.

—No tenemos dónde dormir —suplica.

—Ya —dice Samia—. Eso lo sé. Puede quedarse Stella, pero el niño, el perro y tú no, lo siento. Tendréis que buscar otro sitio para pasar la noche.

Lucy siente que Stella se aferra a su pierna, un escalofrío recorre su diminuto cuerpo.

—No me quiero separar de vosotros —le susurra a Lucy—. Quiero que nos quedemos todos juntos.

Lucy se agacha y le toma las manos a su hija. Los ojos de Stella son verdes, como los de su padre, su pelo oscuro tiene reflejos medio castaños medio rubios, la piel de su rostro está bronceada por efecto del largo y caluroso verano. Es una niña preciosa; a veces la gente para a Lucy por la calle para comentárselo, con un suspiro.

—Cielo —le dice—. Aquí estarás a resguardo de la lluvia. Puedes darte una ducha; Mémé te leerá un cuento...

Samia asiente.

—Te leeré el que te gusta —asegura—, el de la luna.

Stella se aferra más a su madre. Lucy nota que se le está agotando la paciencia. Daría lo que fuese por que le permitiesen dormir en la cama de Mémé, por poder leer el libro sobre la luna, por ducharse y ponerse un pijama limpio.

—Solo será esta noche, cariño mío. Vendré a buscarte a primera hora de la mañana. ¿De acuerdo?

Nota el movimiento de la cabeza de Stella, un ligero asentimiento contra su hombro, una inspiración para combatir las lágrimas.

—Vale, mamá —acepta Stella, y Lucy la introduce en el piso de Samia antes de que cualquiera de las dos cambie de opinión.

Ahora, Marco, el perro y ella, con sus esterillas enroscadas a la espalda, se adentran en la copiosa lluvia, en la noche cerrada, sin ningún lugar adonde ir.

Se refugian bajo un paso elevado durante un rato. El runrún constante de los neumáticos de los coches sobre el asfalto mojado es ensordecedor. La lluvia sigue cayendo.

Marco tiene el perro en el regazo y reposa la cara contra su lomo. Mira a Lucy.

—¿Por qué nuestra vida es una mierda? —le pregunta.

—Ya sabes por qué nuestra vida es una mierda —le suelta.

—Pero ¿por qué no puedes hacer nada al respecto?

—Hago lo que puedo —dice.

—Qué va. Estás dejando que nos hundamos.

—Hago lo que puedo —sisea, y le lanza una mirada furiosa—. Cada minuto de cada día.

Él la mira con duda en las pupilas. Es demasiado listo y la conoce demasiado bien. Ella suspira.

—Recuperaré el violín mañana. Podré volver a ganar dinero.

—¿Cómo piensas pagar el arreglo? —Le frunce los ojos.

—Ya me las apañaré.

—¿Cómo?

—No lo sé, ¿vale? No lo sé. Ya se me ocurrirá algo. Siempre pasa.

Le da la espalda a su hijo y mira las líneas paralelas que abrazan dos faros al acercarse a ella. Un enorme trueno restalla sobre ellos y el cielo se enciende de nuevo; la lluvia se intensifica aún más, si es que es posible. Saca su maltrecho móvil del bolsillo exterior de su mochila y lo enciende. Ve que le queda el ocho por ciento de batería y está a punto de volver a apagarlo cuando se percata de que tiene una notificación del calendario. Lleva ahí semanas, pero no es capaz de eliminarla.

Dice, simplemente: «El bebé cumple veinticinco».

3

Chelsea, finales de los ochenta

Me llamo, igual que mi padre, Henry. Esta repetición de vez en cuando creaba confusión, pero como mi madre llamaba a mi padre «cariño» y mi hermana lo llamaba «papi» y casi todo el resto del mundo lo llamaba «señor Lamb» o «señor», nos apañábamos.

Mi padre era el único heredero de la fortuna de mi abuelo, producto de las máquinas tragaperras. No llegué a conocer a mi abuelo, era muy mayor cuando tuvo a mi padre, pero sé que era de Blackpool y que se llamaba Harry. Mi padre no trabajó ni un solo día de su vida; simplemente, esperaba sentado a que Harry se muriera para poder ser rico por derecho propio.

Compró la casa de Cheyne Walk, en Chelsea, el mismo día que recibió la herencia. Llevaba buscando vivienda desde que Harry había caído enfermo, le había echado el ojo a esa casa hacía unas semanas y le daba pavor que alguien hiciese una oferta antes de que él recibiese el dinero.

Cuando la compramos, la casa estaba vacía, y le costó años y muchos miles de libras llenarla con lo que él llamaba «objetos»: cabezas de alce que colgaban de paredes de madera, espadas de caza entrecruzadas sobre los quicios de las

puertas, tronos de caoba con los respaldos torneados en espiral, una mesa de estilo banquete medieval con capacidad para dieciséis personas, repleta de arañazos y agujeros, vitrinas atestadas de pistolas y látigos, un tapiz de seis metros de largo, retratos siniestros al óleo de los antepasados de familias desconocidas, estantes de libros encuadernados en cuero con repujados de oro que nadie leería jamás y un cañón a tamaño real en el jardín delantero. No había ni un solo asiento cómodo en toda la casa, ni un solo rincón agradable. Todo era de madera, de cuero, de metal y de cristal. Todo era duro. En especial mi padre.

Practicaba halterofilia en el sótano y bebía Guinness de su propio barril en su bar privado. Llevaba trajes a medida que le costaban ochocientas libras en Mayfair y que a duras penas contenían sus músculos y su corpulencia. Su cabello era del color de los peniques viejos, sus manos parecían ajadas y sus nudillos eran rojos y tersos. Conducía un Jaguar. Jugaba al golf, a pesar de que lo detestaba porque su cuerpo no estaba hecho para ese deporte; era demasiado recio, nada flexible. Salía de caza los fines de semana; desaparecía los sábados por la mañana con una chaqueta de *tweed* ajustada y el maletero lleno de escopetas y volvía el domingo por la tarde con un brazado de palomas salvajes en una nevera portátil. En una ocasión, cuando yo tendría unos cinco años, trajo un bulldog inglés que le había comprado a un hombre en la calle con uno de los impecables billetes de cincuenta libras que llevaba enrollados en el bolsillo de la chaqueta. Dijo que le recordaba a sí mismo. Luego se cagó en una alfombra antigua y se deshizo de él.

Mi madre era de una «belleza excepcional».

En palabras de mi padre, no mías.

«Tu madre es de una belleza excepcional.»

Era medio alemana medio turca. Se llamaba Martina. Te-

nía doce años menos que mi padre, y por aquel entonces, era un icono de la moda, una adelantada a su tiempo. Se ponía un par de gafas de sol y se iba a Sloane Street a gastarse el dinero de mi padre en bufandas de seda de colores chillones y en pintalabios dorados y perfume francés de aroma intenso, y de vez en cuando la fotografiaban, con las muñecas repletas de asas de bolsas y aparecía en la prensa rosa. La consideraban de la alta sociedad. Aunque en realidad no lo era. Asistía a fiestas glamurosas y llevaba ropa elegante, pero cuando estaba en casa era solo nuestra madre. No era la mejor, pero tampoco la peor madre, y constituía un elemento relativamente blando en nuestra enorme mansión de Chelsea, masculina y repleta de machetes.

Hubo una época en la que tuvo un empleo, le duró más o menos un año, en el que se dedicaba a presentar entre sí a personalidades importantes del mundo de la moda. O al menos eso me parecía a mí. Llevaba en el bolso pequeñas tarjetas de visita de color plateado con las palabras «Martina Lamb y asociados» impresas en rosa fucsia. Tenía un despacho en King's Road, sobre una tienda; era un *loft* con mucha luz natural y una mesa de cristal, sillas de cuero, un aparato de télex, percheros con modelitos protegidos con bolsas de plástico transparente, un jarrón con lirios blancos en un pedestal. Los días que no teníamos clase, nos llevaba allí a mi hermana y a mí y nos daba pilas de papel blanco inmaculado que sacaba de un paquete que tenía dentro de una caja y un puñado de rotuladores de los que cambian de color. De vez en cuando sonaba el teléfono, y mamá respondía: «Buenos días, Martina Lamb y asociados». A veces había que darle paso a una visita mediante el intercomunicador y mi hermana y yo nos peleábamos por darle al botón. Las visitas eran mujeres estridentes y delgadísimas que solo querían hablar de trapos y de famosos. Los «asociados» no existían, solo es-

taba nuestra madre y alguna que otra adolescente ingenua en busca de experiencia laboral. No sé qué fue de todo eso. Solo sé que el despacho desapareció, así como las tarjetas de visita plateadas, y mamá volvió a ser ama de casa de nuevo.

Mi hermana y yo estudiábamos en Knightsbridge, muy probablemente el colegio más caro de todo Londres. A nuestro padre no le importaba gastar dinero por aquel entonces. Es más, le encantaba. Cuanto más, mejor. El uniforme escolar era marrón caca y amarillo bilis, con pantalones bombachos para los niños. Por suerte, cuando fui lo suficientemente mayor como para que me abochornase el modelito, a mi padre ya no le quedaban fondos para pagar las mensualidades, y mucho menos para los bombachos de pana del departamento de uniformes escolares de Harrods.

Sucedió muy poco a poco, pero al mismo tiempo a toda prisa, el cambio en nuestros padres, en nuestra casa, en nuestra vida tras su llegada. Pero esa primera noche, cuando Birdie apareció en la escalera con dos maletas enormes y un gato en una cesta de mimbre, no habríamos sido capaces de imaginarnos el impacto que iba a tener, las personas que iba a traer a nuestras vidas, que todo iba a acabar como acabó.

Creíamos que solo iba a quedarse un fin de semana.